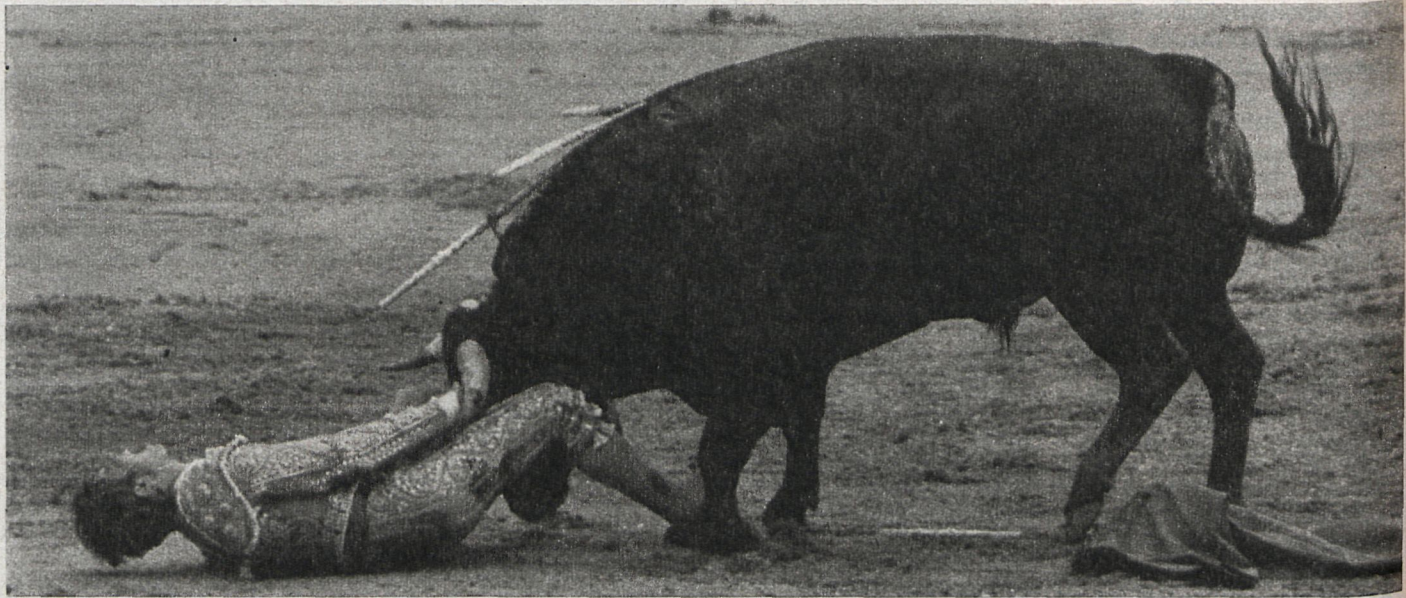


Anecdótico



Los anecdóticos de cualquier corrida de toros se nutren con frecuencia de lamentables y aparatosas cogidas, aunque en la de la Beneficencia fueron pocos los toreros que cayeron heridos.

EL anecdótico de la corrida de Beneficencia, la corrida más importante del año, es variadísimo. Por lo general, el festejo casi siempre defraudaba la expectativa causada. Salvo muy pocas excepciones, la corrida de Beneficencia ha resultado un fracaso. El festejo se ha celebrado siempre en el mes de junio, con dos únicas salvedades: los años 46 y 47, en los que actuó Manuel Rodríguez "Manolete", era tal su fuerza, que incluso imponía el cambio de fechas a su comodidad. En 1946, por encontrarse en América, y en el 47, porque retrasó su comienzo de temporada.

En la corrida de 1947, Manolete, que obtuvo un triunfo memorable, recibió su última cornada grave, antes de la mortal que recibiría aquel año en Linares.

Luis Miguel Dominguín, rival del "monstruo" de Córdoba, consiguió dos triunfos sensacionales en los años 46 y 49. Cierra la década de los cuarenta el éxito de Agustín

Parra "Parrita", "la sombra de Manolete", en la corrida de 1950, donde toreó al natural con las dos rodillas en tierra.

En los cincuenta destaca el triunfo de Liri (cuatro orejas) en 1951. El estilo impávido de Liri recordaba mucho a Manolete y esto aún pesaba mucho en la afición.

Manolo Vázquez toreó cinco corridas de Beneficencia consecutivas, que coinciden con las cinco copas de Europa ganadas por el Real Madrid. El maestro sevillano, por su estilo finísimo, era el ídolo de la afición madrileña en aquellos años.

Por cierto que Rafael Ortega, el torero de la Isla, no toreó jamás la Beneficencia, pese a ser uno de los toreros más puros y queridos de la afición.

Carlos Arruza, el mexicano rival de Manolete, actuó como rejoneador por primera y última vez en Madrid en la corrida de 1957, que no fue lucida. Antonio Ordóñez inmortalizó en 1960 al toro "Tabaquero" de Samuel Flores, el ganadero que más veces lidió sus toros en esta corrida.

Curro Girón, el dinámico torero venezolano, triunfó en las dos corridas que actuó, cortó un total de seis orejas, algo que no logró su hermano mayor, César, torero de aires más clásicos.

Manuel Benítez "El Cordobés" es la figura de los sesenta, aunque le hace sombra

Andrés Hernando, recio torero castellano, más del gusto del aficionado de siempre.

La mayor hazaña de la historia de esta tradicional corrida la logra en 1970 Paco Camino, que lidia seis toros y regala un sobrero cortando nada menos que ocho orejas. Paco Camino se sitúa así muy por encima de los toreros de su generación, ya que ni "El Viti", ni Curro Romero o Diego Puerta llegan a un éxito similar.

Los setenta son años de oscurantismo y decadencia total. La única anécdota la constituyen las reparaciones fugaces de Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín.

Un tímido renacer se observa en los años jóvenes 80 con el triunfo el pasado año de José Luis Palomar y con las reparaciones de dos grandes ídolos: Manolo Vázquez y Antónete.

Desde 1946 al 1966 se encargó de organizar el festejo el señor marqués de Valdevia, al que sucedió hasta 1978 el que fuera vicepresidente de la Diputación, don Leopoldo Matos. A partir de 1979, con el triunfo en las elecciones locales del Partido Socialista Obrero Español y el Partido Comunista de España que gobiernan la Diputación en coalición, un grupo de hombres nuevos y entusiastas se encarga de mantener el realce de la Fiesta.

Un personaje entrañable en la corrida de Beneficencia

es el vecino de Mérida don Félix Arranz Esteban, que lleva veintisiete años cediendo desinteresadamente el tiro de mulillas para el arrastre de los toros. Las mulas de Arranz, cuidadas y lustrosas, de idéntica alzada y pelaje, hicieron su debut en la corrida de 1955, y hasta hoy. Recientemente, la Diputación ofreció una placa-homenaje a Félix Arranz, que está situada en el patio de arrastre de las Ventas.

Prácticamente todos los toreros importantes de estos cuarenta años han actuado en la corrida de Beneficencia; sin embargo, hay unas ausencias significativas y que deben resaltarse. Así, el antes mencionado Rafael Ortega, o el finísimo torero madrileño Luis Segura, prematuramente fallecido. Tampoco actuó nunca el irregular y genial Miguelín o el impar gitano Rafael de Paula. De las figuras de los años setenta no actuó nunca el albaceteño Dámaso González.

Pocos toreros cayeron heridos en este festejo y casi nunca de gravedad. Estos fueron los hombres que entraron en la enfermería, al cuidado del mítico doctor Jiménez Guineá y en los últimos años del ya también mítico Máximo García de la Torre: Manolete, Antonio Ordóñez, Jumillano, Chicuelo II, Manolo Vázquez en 1960 y José María Manzanares en 1974, hasta ahora y por muchos años, confiamos, el último herido.

LOS SERVICIOS DEL BANCO POPULAR ESPAÑOL



DINERO AL INSTANTE EN CUALQUIER MOMENTO. NUESTRA TARJETA MULTICARD LO HACE POSIBLE EN 250 CAJEROS PERMANENTES.

AHORA EN ESPAÑA PARA VIAJAR POR ESPAÑA Y EL MUNDO ENTERO. **MONDIAL ASSISTANCE**

MONDIAL ASSISTANCE
TELEFONO 441 33 44 MADRID
TELEX 45854 MAE

NOMBRE: _____
 APELLIDOS: _____
 DOMICILIO: _____ N.º _____
 LOCALIDAD: _____ D. P. _____
 NUM. DE ABOONO: _____

Es un seguro de asistencia, no de garantía. Se presta asistencia a los socios de MONDIAL ASSISTANCE, en el extranjero, en el momento de su viaje. El seguro no cubre los gastos de hospitalización ni los gastos de repatriación. El seguro no cubre los gastos de repatriación ni los gastos de repatriación. El seguro no cubre los gastos de repatriación ni los gastos de repatriación.



ECHE GASOLINA SIN LLEVAR DINERO. LLEVE CONSIGO NUESTROS **AUTOCHEQUES S.B.**

DUERMA TRANQUILO. NUESTRO BANCO SIEMPRE ABIERTO PARA VD. CON EL **DEPOSITO PERMANENTE.**



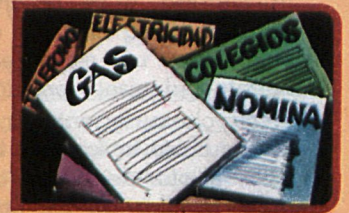
PAGUE SIN DINERO SUS COMPRAS Y SERVICIOS. UTILICE NUESTRA TARJETA **VISA.**

GUARDE EN LUGAR SEGURO SUS PERTENENCIAS DE VALOR. UTILICE NUESTRAS **CAJAS DE ALQUILER.**



PAGUE SIN LIMITE DE GASTO PREESTABLECIDO. PIDANOS LA TARJETA **AMERICAN EXPRESS.**

EN SU NOMBRE COBRAMOS SUS INGRESOS Y PAGAMOS SUS GASTOS. **DOMICILIE** CON NOSOTROS.



EN SUS VIAJES AL EXTRANJERO OBTENGA, DE LOS BANCOS, EL DINERO QUE PRECISE CON NUESTROS **EUROCHEQUES.**

SI NECESITA DINERO, OBTENGA LO A TRAVES DE NUESTROS **CREDITOS PERSONALES.**



DINERO PARA SUS VIAJES Y VACACIONES, POR ESPAÑA Y EL EXTRANJERO, CON NUESTROS **CHEQUES DE VIAJE** EN PTAS. Y MONEDA EXTRANJERA.

PARA CUSTODJAR Y RENTABILIZAR SUS AHORROS, UTILICE NUESTRAS DISTINTAS MODALIDADES DE **CUENTAS A LA VISTA Y A PLAZO.**



SOBRE ESTOS SERVICIOS Y OTROS MAS (Comercio Exterior, Factoring, Leasing, Pago de Impuestos, etc.) **LE INFORMAREMOS AMPLIAMENTE EN CUALQUIERA DE NUESTRAS OFICINAS.**

El manso

UN RELATO DE FERNANDO QUINONES

"Por eso ya sólo sangran los terneros en el matadero y lloran sólo los sauces en el lago Urmi".

BERTOLT BRECHT

EL sol avanzó hacia él de golpe, como un bloque cuadrado de luz maciza, cegándolo momentáneamente y haciéndolo encogerse en un brusco reflejo de contracción, con el morro abatido entre las pezuñas. Dio dos pasos torpes hacia la gran explanada amarilla, mientras el sol lo inundaba como un líquido de testuz a rabo, y luego emprendió un creciente trote corto. Al llegar a la divisoria de las tablas, sintió sobre él los golpes de muchas manos sonando en la madera y se revolvió otra vez hacia el fondo oscuro, con un estremecimiento indeciso y erguido. A su olfato, orientado de nuevo hasta la sombra, llegaba el olor de todo lo dejado, el olor de los otros toros reclusos en el vaho caliente de la oscuridad recién abandonada. Más allá de ella sólo estaba esa vasta y redonda aridez rodeada de voces. Aventuró un remo hacia los chiqueros, olfateó minuciosamente la arena y giró de golpe sobre sí mismo, encampado frente al viento ardoroso de la libertad. Adelantó el testuz a media altura y salió de los toriles sin prisa, balanceando apenas la cabeza, ajeno al espeso ruido circular en cuyo centro se encontraba. El polvo y la tierra desprendidos de sus cuartos traseros se extendían en seguida, delgadamente, sobre la huella de sus pisadas. Llevaba aún dentro su encinar y sus pastizales, pero sólo como un hilo fijo

y perdidizo, cuyo ovillo trataba desde el instinto, turbiamente, de reconstruir por entero. Se detuvo en el centro exacto de la arena, con la cola caída, el alto hocico venteante, y caminó otra vez muy despacio hasta el murallón de soleadas cabezas y cuerpos sudorosos que tenía enfrente. Una voz le llamó desde atrás y algo rojo y rápido se agitó lejos, llamándolo también. Pero el toro siguió avanzando, indiferente como un río, hacia el hueco de sombra que veía ahora por atrás de las altas barreras: la sombra que podía desembocar de nuevo en las encinas natales y en los grandes atardeceres silenciosos por donde los toros mordisquean la yerba. Otra vez oyó la voz, y ahora otra también, y también lejana, por el lado contrario. El gran toro negro trotó ante ellas. Iba ganando velocidad y el golpe de sus cuernos contra la madera retumbó por toda la plaza. Después, sin dejar de encarar la barrera, empujada la testa buscadora, corrió hacia la izquierda medio de lado, siempre frente a las vallas y algo más distanciado de ellas. Trataba de saltar y por dos veces amagó un impulso tembloroso, sin decidirse. Por fin, surcó el aire hacia arriba, lanzado, pero chocó contra las altas tablas sin salvarlas y, bufando con una sacudida baja de la cabeza, emprendió un trote dolido y mular, de regreso hacia el portón de los chiqueros. Seguía estando allí cuanto

lo unía a todo lo perdido, a todo lo por recuperar: los días serenos y encendidos, el mastranzo y la salvia, la cadena de lomas, el encinar oscuro. Frente a ese pasado inmediato y lejano, ensayó el salto nuevamente, tembloteándole los flancos de deseo, pero esta vez no acabó de arrancarse; exhalado y huido, brincó otra vez hacia el centro del ruedo, mientras el fragor de los gritos y las protestas crecía dentro del altísimo embudo. Ahora sí tenía cerca las voces y los colores, de manera que galopó contra el hombre más próximo, entre el clamor subiente de las gradas.

Un toro negro es igual que una guitarra. Nunca deberían tocarse, porque están llenos de heridas desde que nacen, son una pura herida sombría, y cualquier cosa amable que de ellos pueda llegar se confunde en muerte antes o después, una muerte que aún no hubiera acabado de caerles encima. Cada día salen a los redondeles, ardiendo del verano, diez, treinta toros negros, y cada noche cometen en España unas manos la culpa de empujar al aire una guitarra, sacándola de su caja negra, para remover sus heridas sin arreglo, dolor en ayes de seguriya y soléa.

Pero el hombre se refugió en la barrera con una breve carrera, y el toro optó por regresar de nuevo al centro de la arena. Allí escarbó la tierra y giro varias veces sobre sí, buscando una salida en todas direcciones. El segundo hombre

lo provocaba ahora desde lejos. Trotó pausadamente hacia él, hasta que el avance se convirtió en desatada velocidad atacante. Sin embargo, el hombre no huyó. Al echar arriba la cuerna, ya encima de la cosa roja y ondeante, el toro sintió algo fugitivo que le rozaba el flanco izquierdo y vio otra vez el limpio espacio abierto. Continuó el impulso de su carrera y esta vez sí saltó, limpiamente, al otro lado de la barrera, lleno de hombres.

Un hombre huele como ninguna otra cosa. Un hombre puede a veces acercarse con un puñado de forraje en la mano o mirando a caballo desde diez metros, y a veces tiene que no acercarse en absoluto. Sobre el brocal de los abrevaderos, en el río, pegado a la yerba, dentro de humos ya deshechos que todavía se lleva el viento hasta el olfato, por el aire del alba, en todo: el olor del hombre.

Y allí dentro no había dado el toro negro más que con una apresurada agitación de olor a hombres saltando al otro lado ante sus ojos, jadeos aterrorizados, telas, rostros, voces ahogadas en el esfuerzo del trance. Siguió su camino por el callejón hacia el inextricable olor de los chiqueros y hacia su encinar. Unas manos le palmearon las ancas desde arriba. Aceleró el paso y ya estaban allí de nuevo, tapándole el camino, las barreras, el rojizo límite de leña pintada. A la izquierda había una salida al gran platillo arenoso. La abordó. Trató luego de re-

troceder, pero la valla se cerraba otra vez tras de su cola dejándolo en lo ancho y en lo redondo, sin escape otra vez. Barbeó las tablas nuevamente. Una figura alta y blanca le gritaba ahora desde muy cerca; escarbó el toro el suelo, con el morro abatido, y cargó. Todos sus fracasos de huida se acumularon en la carga, y esta vez volvía a por el hombre, y volvía y volvía, ante lo rojo volandero. Huyó después, burlado, tratando otra vez de escapar. Otros hombres salieron a la arena y ahora venían con uno a caballo. El toro se sintió inmediatamente atraído por el caballo y corrió hacia él, delante de lo rojo y lo amarillo. Sus pitones tocaron en duro y una furiosa excitación le viajó por todo el espinazo. Empujó desde el rabo alzado, detrás de la sangre, mientras sentía como si todo el sol se aplastara y concentrara en un solo punto sobre su lomo. Corrió otra vez rebrincando, herido, hacia sus pastizales.

Una venilla queda, como si quedara al aire toda la Historia Natural, sacudida sobre el pelaje negro y ensangrentado, polvoriento y sudoroso, junto a un diminuto géiser de sangre, intermitente en el agujero de la pica.

Otra vez estaba frente al caballo del que había querido alejarse, y todo y todos trataban de llevarle de nuevo a ese caballo. Tinto en su sangre, el extremo de la vara adelantada llegaba hasta su olfato con la voz del jinete, y hacia aquel palo y aquel hombre montado parecían confluír y atraerlo las llamadas y los movimientos y las cosas rojas de los hombres. El sol del lomo se le fundía en espaciados latidos fríos, y el olor de la sangre, chorreaba hasta medio brazuelo, enlazaba únicamente con el olor del extremo del palo, muy cercano ahora. Echando a tierra la cabeza, escarbó nuevamente y avanzó a saltos, tratando de proteger su ataque con las manos

adelantadas. Otra vez estaba bajo el caballo. Adelantó la cabeza de golpe y el picador marró el suyo. Jinete y caballo vacilaron y volaron, con el equilibrio extraviado, hacia la barrera. Era un buen momento, porque el jinete estaba escurriéndose de la silla y el caballo tenía ya en tierra los cuartos traseros. Por fin, el picador salió despedido, espalda al suelo, y el toro tocó un momento el ancho estribo metálico del caballo y luego se revolvió cómo un tejido negro con-

da hacia los chiqueros. El toro los dispersó entonces hacia un lado, después de cabecear la vara procurando sacudírsela. Detrás de todo aquello estaba la negra sombra caliente donde había pasado la noche. Allí donde sus hermanos esperaban aún.

Una piedra atraviesa el aire, silba por el aire y va a dar contra un toro desviado o echado. Si acaso le acierta en la cabeza, el temor del toro es siempre entonces superior a su cólera. La piedra cruza el aire y



tra todos los hombres que jadeaban y se agitaban tras él. Fue entonces cuando la figura alta y blanca se interpuso ante sus ojos, delante mismo de su cabeza, pero el gran toro negro la olvidó también y buscó otra vez al caballo derribado, sólo para rozarlo con un pitón y huir bufando junto a las barreras, entre el irritado griterío de la plaza.

Otra vez y otra trataban los hombres de arrimarlo al caballo. Giraban en círculo, cambiado de sitio por el tercio, hasta que lograron que caballo y jinete se cruzaran de nuevo en el camino del animal en hui-

nunca se la ve venir. El río queda al otro lado de las colinas.

Ahora no veía a nadie. Trataba únicamente de huir, con el malestar de la gran araña cálida y borbotante del lomo prolongándose en todas las direcciones. Estaba solo y con la base de la cola apoyada contra las tablas, berreando al sol. Otro movimiento rojo le aleteó ante la mirada y el toro lo siguió por un breve trecho, respingando y retrocediendo a su puesto luego. Trataba de regresar allí, al amparo de la barrera, pero un hombre le gritó cerca, en su camino, con los brazos

altos, y el toro partió hacia él. Sus mugidos atronaban el aire. Vio al hombre perderse hacia un lado, mientras sus astas rebañaban el vacío, y sintió en la cerviz un nuevo peso gemelo y agudo, dos tábanos ardientes junto a la araña encaramada en la piel rota. Ahora se le acercaban gritando por el otro lado, pero el toro negro no se movió, aunque un nuevo y doble picotazo llegó, con la descompuesta voz de otro hombre, y hasta su morrillo. La gente pateaba y silbaba, señalando a la presidencia y pidiendo la devolución del toro a los chiqueros. Los pies de protesta componían sobre la madera de las gradas y andanadas un tableteo hondo y rimado, y el toro berreó dos veces más coceando el viento hacia las vallas. Todavía estaba tras ellas todo lo perdido.

Las astas de un toro están construidas con la dura cera implacable de su propia y creciente mortandad; el bello ancho, esponjoso, hecho del limo vegetal de los arroyos; la cola, con todo lo que viene en las borrascas.

Cuando la espada entró, sesgada y grande, mientras la alta figura blanca se hacia a un lado y el toro percibía el olor acre y distinto de los tres hombres que lo rodeaban, viendo ya pasar ante los ojos turbios y cargados el ondear rojo y amarillo, amarillo y rojo, sintiendo deshacerse dentro de su cuerpo desfileros que estaban en su sitio, montañas que se sostenían, llanos y riachuelos ahora confundidos, oliendo el olor de la tarde y conservando en el último rincón del derrotado instinto oscuro el olor de la camada nativa, con el de los otros toros todavía apartados en la sombra, el gran toro negro caminó de nuevo, ahora casi con paso seguro y sin detener una lenta mano, por el trayecto que, otra vez, lo separaba de las puertas de toriles. Allí se detuvo, estiró el cuello a media altura y mugió aún contra el aire antes de caer.

¿Qué es la gracia?

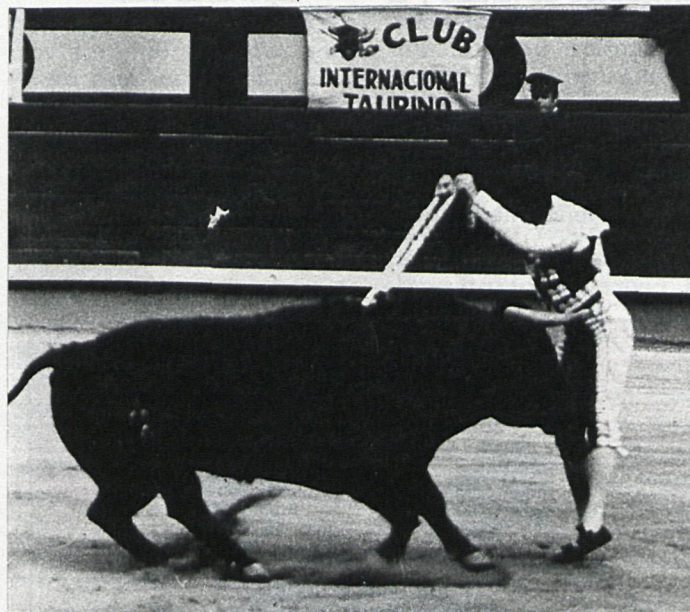
"La gracia es la fragilidad, es estar ligeramente indefenso ante la agresividad del enemigo"

BARQUERITO

HABLAR de la gracia de un torero no es nombrar cosa pequeña. Y es que, a diferencia del conocimiento o del valor —dos virtudes que hicieron realmente grandes a muchos toreros—, la gracia es una condición taurina que, como cualquier estado pasajero, se resiste a ser codificada. En toda lidia hay ciencia, y el hecho mismo de que todos admitan que delante del toro se puede hacer algo "con ciencia" ya indica que el "arte de lidiar" —que es la "ciencia de lidiar"— se sujeta a unas reglas.

Las tauromaquias del siglo pasado eran, además de páginas de prosa brillante y sobria, un código sesudo del oficio. Los maestros del discurso se acercaron a las reglas del toreo, sin embargo, con un punto de tecnicismo comparable al que se gastaba en los manuales de náutica o carpintería. La lidia es el conocimiento, y el conocimiento exigía, y exige, una práctica repetida de cierto número de reglas ante un determinado tipo de toro o ante una determinada circunstancia del toro que sobreviniera en el curso de su lidia.

Toda ciencia campera —como una siembra, una siega o una trilla— es tradicional y no puede escapar a la monotonía del péndulo. Lidiar supone repetir, y aunque la implantación del peto de pica y el desgaste de las castas bravas hayan atenuado el rigor de las viejas normas (basta pensar en el cambio de sentido que ha sufrido el término "quite"), las reglas clásicas todavía se observan. Con mayor o menor escrúpulo. Se aprecia y se premia la corrección de una lidia. Se estima en los toreros la inteligencia.



Pero se jalea más el valor, porque al contemplar el valor, el espectador de plaza prescinde del juicio para poner en juego su emoción. Una emoción algo contradictoria que hace recuperar en el graderío la sensación viva de que el toreo es un combate desigual entre una fiera y un hombre.

La lidia tiene por objeto convertir la fiera en espejismo y al toreo en dócil juego de corral. Los toreros que han sido buenos lidiadores han arrancado el clamor con más trabajo que los toreros valientes. Y, sin embargo, como todos los taurinos saben, cualquier ganadero sensato elige con celo exquisito al torero al que invita a tentar a su casa. Tentar es buscar las raíces y volver a los orígenes. En esos momentos, la tradición, aparentemente tan poco atractiva, manda. A largo plazo, se paga al lidiador. Tanto como al que inventó una ley tan bien hecha que es capaz de sobrevivir mucho tiempo. Pero a corto plazo, a los ojos del espectador tráfuga, es como si el li-

diador no existiera. A los lidiadores se les tiene por encantadores de serpientes. Y, por lo demás, a lidiar y a conocer se aprende con los años. Al parecer, Joselito fue un portento de precocidad.

"EL VALOR, LA VIRTUD QUE MENOS DURA"

Bajo su apariencia de calidad "indescrípible", el valor en el toreo es también virtud químicamente estable, como evidencia el testimonio verbal que, entre entendidos, lo representa: quedarse quieto, pararse, ponerse "ahí", pisar cierto terreno. Toda acción de valor carece, como se ve, de movimiento. Y cuando se adjetiva un valor de torero, indefectiblemente aparece la parálisis: escalofriante, impávido, electrizante. Es rígido el coraje, sí. Y en la rigidez se encuentra su penitencia.

De todas las virtudes del torero, el valor, con ser imprescindible, es la menos duradera. Muchos toreros que tenían sólo valor han

fracasado: no es sólo de ahora. Y es caro el valor, porque, como seña de identidad, obliga en exceso. De un torero valiente se espera que lo sea siempre. Y nunca los toreros sólo valientes han podido pasar de edad. Los toreros que vuelven son siempre concedores o artistas. Ya viejo, el torero específicamente valiente puede parecer un viejo soldado sin arrostos. Es cierto que con más valor se suele torear mejor, pero también es cierto que toreros medrosos —si es que resulta aceptable que exista ni un solo torero verdaderamente medroso— han toreado mejor que toreros valientes. ¿Quién no tiene eso por una verdad?

Lo que, por fin, distingue a la gracia es que, por esencia, resulta irreplicable. Nunca la gracia de un torero es la misma dos veces. Pero resulta difícil, y casi incómodo o enojoso, definir la gracia, porque la gracia se va y no vuelve.

Pero ha llegado el momento de mojarse, la hora de decir qué es, más o menos, la gracia. Pues bien, la gracia es la fragilidad. La gracia es, como el trapío, una impresión de peligro. La gracia es estar ligeramente indefenso ante la agresividad del enemigo. Si un toro no tiene peligro, la gracia no existe. Si no hay riesgo, no hay gracia: sólo hay pinturería. Si no hay fragilidad, no hay gracia: hay, solamente, majaza.

Si la gracia tiene hechizo y misterio, o si embauca, es duende. Si es ligera, es salero. No se estudia; se improvisa. No se busca; llega y viene. Es esa cosa que, sin más merodeos lingüísticos, hace enmudecer o bramar —sin términos medios— a quien se estremece ante el toreo bueno.

CAJA RURAL PROVINCIAL DE MADRID



(Sociedad Cooperativa de Crédito)

Caja calificada por el Ministerio de Hacienda con el n.º 20



- Al servicio de los agricultores y ganaderos madrileños.
- Realiza toda clase de operaciones bancarias con sus socios.
- Libretas de Ahorro.

Apartado 46.240. Tel. 442 96 22 (5 líneas).
Paseo de San Francisco de Sales, 10. MADRID-3.